



ANNA STAROBINETS
EL VADO DE
LOS ZORROS

*Traducción del ruso de Viktoria Lestérova
y Enrique Maldonado*

IMPEDIMENTA

Mina de uranio Granitny. Extremo Oriente ruso. Finales de agosto de 1945.

—¿QUÉ ESTÁS MIRANDO, idiota? —La voz del guardia se quebró en un gallo, como la de un adolescente—. ¡Mírame a mí!

La formación desigual de reclusos con chaquetones de rayas que trepaba por el camino sembrado de piedras hacia la boca de la galería se quedó inmóvil unos segundos, mientras cada uno decidía si aquellas palabras iban dirigidas a él o a su vecino. Luego todos reanudaron la marcha, mirando diligentemente al guardia y sin volver la vista hacia Cronin. Buen tipo, pero él se lo había buscado.

Max Cronin contemplaba en silencio las lejanas montañas achaparradas que se perfilaban con delicadeza asiática en la penumbra matinal, sus cimas envueltas en jirones de niebla. Observaba los feroces dientes de granito que sobresalían de la roca en filas torcidas y grises a ambos lados de la entrada de la galería, como las fauces abiertas de un gigante muerto. Y el río Ust-Zeika, que rodeaba la roca: casi seco en verano, tras una semana de lluvias había comenzado a borbotear y a crecer. A las seis de la mañana, los prisioneros avanzaban en fila india cuesta arriba por el estrecho camino hacia las galerías, en un penoso desfile bajo la mirada de los guardias, equipados con sus subfusiles y sus perros. Al atardecer, en la misma fila india y cargados con cajas a la espalda, regresaban al campamento de la mina de uranio Granitny, a los barracones rodeados de alambre de espino y contruidos con losas de granito gris.

El granito estaba por todas partes. Por fuera y por dentro. Solo había piedras. Roca de granito, paredes de granito, grava granítica bajo los pies, polvo de granito en los pulmones. Todo estaba hecho de granito y todos eran de granito. La enfermería de granito, en uno de los barracones de la hondonada de la montaña, era para los presos medio muertos, que escupían polvo de granito mezclado con sangre. Y la fosa común, el «Foso de la Muerte», detrás de la enfermería, era para aquellos que ya no tosían, lo que significaba que ya no respiraban...

—¡Trescientos tres! ¡He dicho que me mires!

El trescientos tres se volvió hacia el guardia como si quisiera expresar su disposición a mirarlo eternamente, aunque fuera desde las alturas: le sacaba una cabeza y era el doble de ancho de hombros. A su lado, el guardia parecía un cerdito bravucón junto a un jabalí.

—¡Manos arriba! —El cerdito clavó el subfusil en el pecho de Cronin, justo en el número cosido en el chaquetón.

Cronin, obediente, levantó las manos separándolas ligeramente en un gesto de disculpa, como diciendo: «Lo siento, comandante, me distraje». Y, sin que fuera ya necesaria una orden, abrió las piernas a la altura de los hombros. Antes de dejarlos entrar a la galería, dos guardias inspeccionaban a los reclusos: uno, el cerdito, les apuntaba con el PPSH,⁵ y el otro registraba rápidamente al preso con las manos en alto.

—¡A trabajar! —El guardia empujó a Cronin por la espalda con el cañón.

Cronin bajó las manos y entró en la galería.

—¿Qué estáis mirando?

Los ojos del guardia saltaban frenéticos de un recluso a otro. Como sorprendido por un eructo rancio y agrio, de repente comprendió, con retraso, que el preso trescientos tres lo había humillado, había humillado al vigilante delante de todos los reclusos. En la postura del trescientos tres, en sus gestos enfáticamente benévolos, en su mirada directa faltaba lo principal: el miedo. El trescientos tres mostraba el descaro de no tenerle miedo. No había obedecido, sino más bien cedido, como cede quien se sabe fuerte ante el débil.

Los reclusos bajaron obedientemente la mirada, sin entender y sin siquiera tratar de entender por qué un minuto antes había que

mirar al guardia y ahora estaba prohibido. Sencillamente, el amo había cambiado las reglas, a veces pasa...

El guardia observó con satisfacción la formación de reclusos. Eso estaba mejor. Él era el amo. Ellos eran polvo de granito bajo sus pies. Pero ya se le había agriado el ánimo. Habría que ir a visitar al trescientos tres a la galería. Bajarle los humos.

* * *

Cuando Cronin por fin giró hacia el pasadizo lateral, Flint llevaba una hora esperándolo. En vez de saludar, sonrió con su boca seca e inflamada: a la luz de la lámpara de gas refulgió un diente de metal. Flint tenía casi sesenta años, los brazos y la espalda cubiertos de tatuajes, y era respetado en el campo. Esperar no era propio de su rango.

Cronin saludó con un gesto silencioso, sin disculparse, tomó de manos del ladrón un pequeño paquete y, pisando con cuidado sobre los escombros de granito, avanzó primero por el pasadizo; Flint, que sostenía la lámpara y la pala, lo siguió. Tosió y rápidamente se tapó la boca con la mano.

Cuando el pasadizo se estrechó hasta convertirse en un angosto apéndice, ambos se echaron al suelo y, reptando como lombrices, salieron a la parte alta de una gruta. Era como si hubieran aparecido bajo la cúpula de un templo iluminado por la luz difusa del sol. Se encontraban en una galería de exploración abandonada. Arriba estuvo en tiempos la entrada, ya casi bloqueada por fuera por las piedras; la escalera que bajaba a la galería se había derrumbado, roída por años de frío y humedad.

Flint no consideraba a Cronin su amigo. Tampoco su enemigo. Cuando Cronin llegó al campo, los compinches de Flint intentaron quitarle ese reloj que a saber cómo había conseguido colar, pero Cronin no se lo dio. Les arrancó el pincho como quien les quita el juguete a unos niños; a uno lo dejó inconsciente de un golpe en la cabeza, a otro le clavó los dedos en la boca del estómago, al tercero lo agarró por el cuello. Adivinando quién era el cabecilla, dijo con calma, sin dirigirse a los atacantes, sino a Flint: «La próxima vez los mataré». Su actuación suscitó respeto; después habían charlado un

par de veces, pero en términos generales no tenían nada en común, excepto esta galería abandonada y cubierta de moho esmeralda. La habían encontrado la semana anterior por casualidad. Simplemente estaban allí durante la voladura. Simplemente, la explosión había abierto el pasadizo que los llevó a ella.

—Ilumina un poco, Flint.

Cronin sacó del paquete varios cartuchos de dinamita, una mecha de seguridad y un detonador.

—Has olvidado la palabra mágica —dijo Flint, que, con deliberada desgana, iluminó el pasadizo del que acababan de salir con la lámpara de gas: sobre la abertura se asomaba peligrosamente un cúmulo de grandes rocas redondeadas.

—He olvidado muchas cosas.

Cronin colocó el cartucho debajo de una de las rocas, insertó el detonador y comenzó a introducir la mecha en él, apretando suavemente el casquillo con los dedos.

—¿Qué, os largáis juntos de la zona?⁶ —preguntó alguien con voz empalagosa detrás de Flint.

Sobresaltado, Flint se dio la vuelta y la luz de la lámpara lamió la pared de la galería. Impotente, blandió el haz de luz en la oscuridad, como si fuera un arma de juguete.

En el cristal de la lámpara se coló, con un «plaf» grasiento, una polilla que a saber cómo habría logrado llegar hasta allí, y arrojó una monstruosa sombra alada en la pared. En el círculo dorado de luz, como un payaso en el escenario, emergió desde la oscuridad con paso desgarbado el hampón Pika:⁷ flaco y ágil, descaradamente indolente, como una hiena adiestrada. Sonrió mostrando su dentadura incompleta e hizo una reverencia bufonesca a Flint y a Cronin.

—A ti no te ha llamado nadie.

Flint posó con suavidad la lámpara en el suelo y agarró mejor el mango de la pala por si había que usarla como arma. Se volvió hacia Cronin, que observaba al ladrón con calma, sin agarrar el pico.

—Pues mal hecho —respondió la hiena con voz seductora, como la de un vendedor de mercancía pasada en un bazar asiático—. Pika es un tipo honrado, de confianza.

—Eres imbécil. —Flint soltó un sonoro escupitajo a sus pies—. ¿Qué haces ahí como un pasmarote? Piérdete. Si te vas de la lengua, te harán picadillo.

—Pero ¿qué dices, Flint? Yo respeto la ley, no le voy con el cuento al jefe... ¡Eh! ¡¿Qué mierda haces?! —Pika se apartó bruscamente de Cronin, que se había acercado a él en un instante sin hacer ruido—. ¡No te acerques, saboteador!

Pika levantó la mano —en la pared apareció por un momento la sombra de una cuchara afilada como una navaja de afeitar— y se alejó de Cronin diciendo:

—Flint, ¿por qué rechazas a un ladrón honrado⁸ y te fugas con un 58?

—Ya vale. —Cronin extendió la mano para demostrar que no estaba armado, pero el gesto no sirvió de nada.

Temblando, histérico, Pika tropezó y, con un leve chillido, se agarró a la pared, movió un pedrusco que apenas se sostenía y provocó un desprendimiento limitado pero ruidoso.

—Hijo de puta, nos vas a descubrir a todos. —Cronin presionó a Pika contra la pared y percibió el olor a arenque podrido que salía de su boca entreabierta.

—¡Te voy a rajaaar!

Pika rasgó el aire con la cuchara afilada allí donde hacía un instante había estado el cuello de Cronin. La agitó de nuevo, pero Cronin le golpeó la mano haciéndole soltar la cuchara y luego, con los dedos tensos, le asestó otro golpe debajo de la mandíbula. A Pika le fallaron las piernas y se apoyó en la pared.

—Pelea como un gato el muy cabrón... —Cronin se dirigió al pasadizo. Entonces vio el cañón de un PPSH que le apuntaba.

—¡Al suelo, carroña!

El cerdito emergió del pasadizo y, dirigiendo el cañón ora a Flint, ora a Cronin, se encaminó hacia ellos.

Cuando vistes de uniforme, tienes poder y pistola, y lógicamente eres más fuerte que dos personas con chaquetones guateados con números cosidos y armados con una pala y una cuchara. Pero existe una lógica del caos (a veces llamada destino), según la cual

es posible que simplemente tengas mala suerte. De repente, uno de los presos, con la agilidad de un gimnasta, hará una voltereta lateral y esquivará la ráfaga que le has disparado. Las balas rebotarán y arrancarán chispas de las piedras, chorros de chispas en la penumbra. Y no te percatarás de que el segundo preso está detrás de ti con la pala. Enfermo y enclenque, toserá al embestir; podrás cubrirte con el subfusil, el mango de la pala se romperá y a punto estarás de imponerte: golpearás a la sabandija tísica en el vientre con la culata y la sabandija caerá de rodillas, jadeando y babeando. Pero entonces el otro, que es fuerte y joven, te tirará una piedra a la cabeza. Y la piedra te dará en el caballete de la nariz. Sentirás dolor y un sabor a hierro en la boca y en la garganta. Perderás el control de tu cuerpo, empezarán a caer hacia atrás. Y aquel que tosía, aquel al que hiciste caer de rodillas, palpará algo en el frío suelo de piedra y te lo clavará en el estómago. Una cuchara afilada como una navaja. Entonces te desplomará y tu gorra rodará por el frío suelo, y ese que está arrodillado a tu lado se sentará a horcajadas sobre ti. Y dejarás de sentir dolor, porque ya no estarás allí, mientras el tipo empieza a clavarte la cuchara afilada una y otra vez, entre las costillas y en la garganta. Resollarás y te convulsionarás un par de veces hasta quedarte quieto en el charco que formará tu propia sangre. Muy joven. Tendrás veintitrés años para siempre...

—Ya está bien. ¡Se acabó!

Cronin le quitó la cuchara a Flint y la dejó con cuidado en el suelo. Flint tosió de nuevo. Tomó aliento. Se miró a sí mismo sorprendido, respirando con dificultad: estaba cubierto de la sangre del guardia. Se bajó del cadáver, como para darle paso a Cronin. Este se acuclilló junto al cuerpo, palpó la arteria por si acaso, examinó brevemente el PPSH, visiblemente doblado, y lo descartó por inutilizable. Miró los ojos del guardia. Extendió la mano para cerrarlos, pero la apartó.

Solo quienes no han visto la muerte de cerca creen que los ojos de los muertos se vuelven vidriosos. No, se convierten en algo falso, en una imitación, en un dibujo. Parecen de papel, con iris, pupilas y escleróticas pintados a toda prisa; los primeros cinco

minutos relucen con colores intensos y luego se desvanecen inmediatamente. Por eso nos afanamos en cerrarlos tan rápido, para no presenciar esa imitación.

Cronin no tenía nada en contra de la imitación. Es mucho más fácil desvalijar a un muñeco con ojos de papel que a una persona asesinada.

Tratando de no mancharse de sangre, registró al guardia. Le sacó un par de monedas del bolsillo, se quedó una y la otra, una moneda de quince kopeks de cobre-níquel, se la metió en la boca abierta. Le quitó el reloj. Buscó a tientas el cuchillo bayoneta y lo extrajo bruscamente junto con la funda, lo que hizo que la cabeza del guardia se inclinara y que la moneda cayera rodando de su boca al suelo de piedra. Cronin la recogió.

—Tómala.

Cronin puso la moneda en la palma de la mano del guardia y apretó los dedos muertos en un puño.

Flint lo miraba desconcertado, pero guardaba silencio.

—Hora de largarse. —Cronin sacó del otro bolsillo del guardia un paquete de *papirosas*⁹ y un mechero fabricado con un casquillo.

—¿Ahora? Sin provisiones... —Flint carraspeó y frunció el ceño—. No estamos listos ni de broma.

—Nada, pues le llevamos el fiambre al jefe, si quieres. Como diciendo: «Perdona el lío, danos un día más para prepararlo todo».

—Cronin sacó el cinturón de las presillas—. Ahora, Flint —prosiguió, colocándose la bota del guardia contra el pie y chasqueando la lengua con desilusión: era pequeña—, lo van a buscar. Registrarán los barracones, la galería. Quedarse aquí es un suicidio.

Cronin se levantó y se metió en los bolsillos lo que le había arrebatado al guardia. Se acercó a Pika, que seguía sentado contra la pared. Le dio un ligero puntapié para comprobar si estaba consciente. Pika murmuró algo y cayó de costado.

—Cierto. —Flint cruzó la gruta y también se inclinó sobre Pika—. ¿Hay suficiente mecha de seguridad con la que he traído?

—Tendremos medio minuto.

—¿Y con este qué hacemos? —En la mano de Flint volvió a aparecer la cuchara ensangrentada.

—No. Basta de fiambres por hoy.

Flint gruñó con desaprobación, pero se metió la cuchara en la caña de la bota y se detuvo a observar cómo Cronin, con visible satisfacción, abofeteaba a Pika a mano abierta. En la quinta bofetada, Pika sollozó, se estremeció, abrió los ojos y, al ver a Cronin encima de él, empezó a defenderse agitando torpemente las manos.

—Como un gato. —Cronin esbozó una amplia sonrisa—. ¿No querías fugarte? Esta es tu oportunidad.

* * *

—Sube. —Flint empujaba a Pika por la espalda hacia la boca de la hendidura oblicua que conducía hasta la antigua entrada de la galería.

Desde arriba se filtraba la luz moteada de polvo.

—¿Y qué pasa si me quedo atascado? —Pika subió hasta la mitad y se detuvo.

—Si te quedas atascado, te meto el cuchillo por el culo. —Flint, que estaba trepando detrás de él, escupió, apuntando claramente al cadáver del guardia.

Falló. Miró a Cronin y sonrió mostrando el diente de metal:

—Vamos, saltimbanqui. ¡Préndele fuego!

Cronin consiguió sacar una llama del mechero requisado, la dejó lamer suavemente la punta de la mecha de seguridad (que ardió lanzando chispas como una bengala de Año Nuevo) y trepó detrás de Pika y Flint. De repente, tras apartar un par de pedruscos de la entrada medio sepultada, se vieron en una estrecha cornisa de piedra que se alzaba sobre el río.

—¡Mierda! —Pika miró a su alrededor con desesperación—. ¿Y el camino? ¿De alguna manera tenían que poder llegar a esta galería!

—El camino lo sepultó un derrumbe. —Cronin salió a la cornisa tras ellos—. Vamos, Pika, ¡muévete!

—¿Moverme adónde? —Pika se pegó a la roca.

—¡Salta al río! ¿Adónde va a ser?

Pika se echó a temblar, apretando convulsivamente los dedos tatuados contra la roca, como un gato en lo alto de un pino que se aferra con las garras a la corteza.

—¡Zape! —Cronin despegó con facilidad la palma sudorosa de Pika y lo empujó fuera de la cornisa.

Con un grito inarticulado, Pika se precipitó al agua rugiente. Flint lo siguió, tapándose la nariz con la mano como un niño. Cronin saltó con técnica, de cabeza.

Un segundo después se oyó la explosión y Cronin entró en el agua haciendo un clavado limpio, con los brazos estirados, rodeado de la fina metralla de piedra.

La explosión arrancó también rocas grandes, pero estas se quedaron en la galería, enterrando el cadáver del guardia y sus ojos pintados, y sellando la entrada a la gruta que sería su sepulcro.

¿Qué diferencia hay entre dormir el sueño eterno bajo tierra o bajo las piedras?

2

LA MUERTE ES UNA CRIATURA voraz, ávida e insaciable. No es inteligente, pero sí astuta, y siempre está hambrienta. No tiene ningún significado trascendental. Es como un piojo. Como una lombriz de tierra. Le toma el gusto a su quehacer muy rápidamente, con una sola presa no le basta. Cuantos más cadáveres cosecha, más contenta está. Por eso le encanta la guerra. Y los hospitales. Y las prisiones. Le gusta la carne. Carne de cañón, carne destinada a morir, carne enferma, débil y podrida.

Si no puede devorarte, si todavía eres demasiado fuerte para ella, intentará esconderse de ti. No quiere que sepas antes de tiempo lo que te hará después. Prefiere ser invisible hasta el último momento. Te sacará deliberadamente de la habitación del hospital un minuto antes de la muerte de un ser querido. Evitará que mires los ojos que ha dibujado.

Hará una excepción y te permitirá acercarte solo si le das de comer de tu propia mano. Si matas a alguien tú mismo. Entonces te convertirás en su cómplice.

La muerte es una criatura hambrienta que adopta múltiples formas. Hace un cuarto de hora había adoptado la forma de una

cuchara afilada. Ahora ha tomado la forma del agua y quiere llevarse a dos personas a la vez: al preso enfermo que no puede luchar contra su corriente y al preso vil que se está ahogando en ella. Quiere que el preso fuerte la vea devorar a los otros dos.

Aquí, en estas aguas, somos cuatro: tres presos fugitivos y una criatura transparente que se retuerce y toma la forma de un raudal en el recodo del Ust-Zeika.

No puedo concederle el preso enfermo porque él sabe dónde buscar a mi mujer.

Puedo entregarle al prisionero vil, sería lo razonable. Sobra. Es una carga. No es de fiar.

Pero sé que no se puede alimentar a la criatura a menos que sea absolutamente necesario. Es la regla. No recuerdo su origen, pero siempre la sigo.

Los saco del agua a los dos, por orden: al enfermo y al vil.

* * *

—A este hijo de puta... —Flint se quitó la chaqueta mojada y tosió— lo has rescatado para nada... Quizá valga para que nos lo merendemos por el camino si vienen mal dadas... Aunque los ladrones no hacen esas cosas.

Sin mediar palabra, Cronin levantó a Pika, que yacía boca abajo sobre las piedras, lo puso a cuatro patas y le presionó el vientre desde atrás. Asintió con satisfacción ante los dos generosos chorros de agua expulsada. Escurrió su propia chaqueta y luego la de Flint, que tiritaba de frío.

—¿Qué es esa cicatriz? —Con los dientes castañeteando, Flint tocó levemente con su dedo helado el pecho de Cronin en el lugar donde tenía la piel marcada por tres líneas violáceas horizontales cruzadas por una vertical.

—Una cicatriz, nada más.

—Siempre es algo más —dijo Flint con una sonrisa—. Las cicatrices son como los tatuajes. Cada una tiene su significado. Y su autor. Esta de aquí —Flint señaló la cicatriz en forma de cruz en su pecho hundido— es de mi hermano. Esta otra es de los *hóng-húzi*. ¿Quién te hizo la tuya?

—No lo recuerdo.

Cronin movió los dedos con destreza y en su mano brilló el reloj de bolsillo con el retrato de la mujer rubia en la tapa abierta.

Las nueve de la mañana. Al compás del fino segundero, un haz de luz dorada iluminó la piedra junto a Pika, que se estremecía con espasmos secos. El borde del sol brilló entre las dos montañas como la chapa de cobre arrancada del uniforme del guardia. El destello se extendió formando una fina franja dorada y se deslizó a través del río hasta la roca, hasta la mina Granitny, como si intentara llegar a la entrada obstruida que conducía a la galería, como si trazara el camino más corto para quienes fueran en su busca.

—Levanta. —Cronin le dio un puntapié a Pika en el vientre—. Al trote, ¡marchando!

* * *

Pasaron de la carrera a la caminata al mediodía, cuando los árboles de las montañas de cuyo cerco habían escapado por la mañana se volvieron indistinguibles, desdibujándose en las laderas como parches de verdín oscuro; cuando la mancha azulada que se divisaba en la distancia se desplegó formando las filas desiguales del bosque bajo de taiga; cuando sus chaquetones se secaron al sol para luego volver a empaparse de sudor caliente, cuando Flint, tambaleándose, se encogió en un ataque de tos, se tapó la boca con la mano y Cronin vio en los dedos del viejo ladrón unas gotas escarlata.

—¿Podrás seguir andando, Flint?

—Descuida, saltimbanqui. —El ladrón se limpió la mano en el borde del chaquetón—. Si la zona no me quebró, la libertad no me va a dobligar.

Se detuvieron al atardecer junto a un pequeño arroyo que, con sus últimas fuerzas, labraba su lecho entre la arena y la pinocha.

Resollando, Flint se puso en cuclillas, hundió las manos en el agua y, exasperado, dedicó un buen rato a lavarse la sangre seca:

la suya de las palmas y los dedos, y la del guardia de debajo de las uñas. Nada más acabar, ahuecó las manos y empezó a beber con avidez, como si intercambiara con el moribundo arroyo sangre por agua.

Cronin se sentó en la raíz de un pino y examinó con escepticismo las cerillas mojadas: las cabezas de azufre se habían pelado y desmenuzado. Tiró la caja reblandecida y con un movimiento de prestidigitador sacó el mechero requisado al guardia.

—Esto sí que sí —dijo Pika con voz condescendiente y halagadora al mismo tiempo.

Era evidente que con el paso de las horas había analizado con mayor detenimiento la jerarquía del grupo y había identificado en Cronin al líder. Arrojó un indolente gargajo verdoso en el arroyo y, siguiendo con el rabillo del ojo los mocos que flotaban hacia Flint, se acercó a Cronin con paso desmadejado.

—¿Dónde aprendiste esos trucos?

—En el circo. —Cronin intentó sacar una llama del mechero, pero la ruedecilla se soltó al girarla y la mecha empapada se salió.

Pika se quedó desconcertado un instante y luego se echó a reír a carcajadas, de manera forzada, dándose palmadas en los muslos para demostrar que había entendido la broma. Lanzó una mirada rápida a Flint, que comenzó a toser, atragantándose con agua.

—Escucha, amigo... —le susurró Pika a Cronin en tono confidencial—. Veo que eres de fiar... ¿Nos vamos los dos juntos? Con Pika te irá bien. Pika tiene suerte... Flint está enfermo, ya no puede con su alma. Es una tontería cargar con él: es un lastre, carroña...

—Tú sí que eres carroña. —Cronin sacó del paquete de Nord confiscado al guardia una *papirosa* algo deformada por el agua, pero ya seca, y, antes de que Pika pudiera apartarse, se la puso detrás de la oreja.

—¿Y esto? ¿Para qué? —Pika, perplejo, palpó la *papirosa* con los dedos.

—Para ti, para el camino —dijo Cronin en tono amistoso.

Flint soltó una risita y volvió a toser.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Qué os pasa a los dos? ¿Me estáis echando o qué?

Cronin miró a Pika en silencio, impasible, y le dio la espalda.

El ladronzuelo, sin esperar respuesta, se alejó con movimientos bruscos, como una marioneta en manos de un titiritero desquiciado, caminando por la orilla del arroyo. A una distancia que le pareció segura, se detuvo y se volvió hacia Cronin y Flint enseñando los dientes como un perro:

—Tú, Flint, me das igual, palmarás pronto. Pero tú, traidor, pagarás por esta humillación.

Sin esperar una reacción, Pika saltó apresuradamente el arroyo y se adentró corriendo en el bosque.

—Nos va a delatar. —Flint escupió con fastidio una flema amarilla manchada de sangre—. Tendrías que haber enterrado a ese hijo de puta en lugar de regalarle *papirosas*.

—No soy un matón. —Cronin empezó a recoger ramas secas de pino—. Por lo que veo, estás mejor. Ponte a recoger ramas.

—¿Que no eres un matón? —Flint no se movió de su sitio y sonrió con malicia—. ¿No nos hemos cargado al guardia tú y yo solitos?

Cronin, en silencio, recogió una brazada de ramas gruesas, las arrojó al suelo y comenzó a armar un tipi con las ramitas secas.

—Yo lo rematé —respondió finalmente en voz baja, como para sí mismo—. Fue el golpe de gracia.

Se vació en la boca el tabaco de dos *papirosas*, lo masticó y metió el papel en las rendijas del tipi junto con trozos de musgo seco.

—Dame al menos un motivo para que ese desgraciado siga respirando. —La voz de Flint traslucía la peligrosa naturaleza del ladrón.

—No soy yo el que decide quién debe vivir.

Cronin escupió la bola de tabaco con una mueca de asco, se acuclilló junto al arroyo, recogió agua con las manos y se la echó a la boca.

—¿Y quién decide entonces? —preguntó Flint, asombrado—. ¡No me digas que crees en Dios!

Cronin volvió a la pila de ramas y colocó al lado el reloj requisado al guardia y su propio reloj de bolsillo, con la foto de la mujer en la tapa abierta. Levantó con la punta del cuchillo el cristal de ambos relojes, los juntó formando una especie de lente y les echó un poco de agua con la boca.

—No recuerdo en quién creo. —Sacó un terrón de arcilla de debajo de la raíz del pino, lo amasó con los dedos y fijó la lente por el borde.

—Saltimbanqui, ¿te he dicho alguna vez que estás chiflado?

—Sí, me lo has dicho. —Cronin hizo girar la lente en sus manos, enfocando el deslumbrante rayo de sol en la leña.

—¿Y en el servicio de inteligencia a cuántos nazis te cepillaste? —Flint se pasó rápidamente el pulgar por la garganta—. Con esas mismas manitas, ¿eh? ¿O también los dejabas ir y les regalabas *papirosas*?

Los papelillos prendieron, se encendieron, y el gusano de fuego azul rojizo se deslizó afanosamente sobre el musgo y las delgadas ramas. Cronin apartó la lente. Tomó el cuchillo del suelo. Miró a Flint a los ojos.

—En el servicio de inteligencia mataba enemigos.

Flint se puso de pie con la mirada fija en el cuchillo. Cronin ajustó cuidadosamente con la punta una ramita torcida y sonrió.

—¿Alguna pregunta más?

—Sí —respondió Flint tosiendo seca y bruscamente. Sonó como si en el fuego se hubiera partido una ramita—. Durante todo el traslado te cachean mil veces. Cuando llegas a la zona, los guardias te miran hasta el culo. ¿Se puede saber cómo conseguiste meter ese reloj de oro en el campo?

—Porque soy un artista de circo. Es puro juego de manos. ¿Has oído hablar del truco de la desaparición?

—Más o menos —dijo Flint sin la más mínima confianza—. ¿Y por qué le dejaste la moneda al fiambre del guardia? ¿Aquello también era un truco?

—No. Una superstición. Así saldé mi cuenta con él.

—No conozco esa superstición de saldar cuentas con los fiambres. ¿Quién te enseñó eso?

—No lo recuerdo...

Cronin clavó la mirada en el fuego, como si la respuesta pudiera saltar de entre las chispas.